

de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. Guimando Adversano obispo, autor antiguo, escribe de aquellos monjes antiguos, que era tanto el consuelo y fortaleza que tenían con la sagrada Comunión, que algunos con solo este sustento se pasaban sin ninguna otra comida, siéndoles este todo su consuelo y sustento, así para el alma como para el cuerpo, y el día que no comulgaban sentían en sí una flaqueza y desmayo grande, y les parecía que desfallecían y que no podían vivir. Y dice que á algunos les llevaba un Ángel la Comunión á su celda. En las Crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monje que siempre que comulgaba le parecía recibir un panal de miel, cuya suavidad le duraba tres días.

Pues, conforme á esto, el fruto que nosotros habemos de sacar de la sagrada Comunión ha de ser un ánimo varonil para caminar é ir adelante en el camino de Dios, una fortaleza muy grande para mortificar nuestras pasiones, y resistir y vencer las tentaciones: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me.* Psalmo xxii, v. 5. Para eso nos preparó el Señor esta mesa. En las demás mesas quien tiene enemigos teme y no osa estar; pero en esta recibe el hombre esfuerzo y fortaleza para vencer á todos sus enemigos. Y así dice san Crisóstomo, hom. 61 ad populum, et 45 in Joan., que nos habemos de levantar de esta sagrada

mesa como unos leones, echando fuego por la boca, con que espantemos y nos hagamos terribles á los demonios: *Tanquam leones ignem spirantes, ab hac mensa recedamus facti diabolo terribiles.* Y este efecto nos significa Cristo nuestro Redentor, cuando acabando de comulgar á sus discípulos les dijo: *Surgite, eamus hinc,* Joan. xiv, v. 31, como quien dice: Ya habeis comulgado, levantaos, y vamos á padecer. Y así vemos, que en la primitiva Iglesia, cuando se frecuentaba tanto este divino Sacramento, no solo tenían los cristianos fuerzas para guardar la ley de Dios, sino para resistir á la fuerza y rabia de los tiranos, y dar la sangre y la vida por Cristo.

#### CAPÍTULO X.

*Que el frecuentar la sagrada Comunión es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad.*

Contra todas las tentaciones dicen los Santos que es gran remedio frecuentar este divino Sacramento; porque fuera de dar grande fortaleza, enflaquece las pasiones y los hábitos é inclinaciones malas, disminuye el fuego de la concupiscencia, que es raíz de todos los males, y hácenos prontos para cumplir la voluntad de Dios.

Santo Tomás, 3 p., q. 69, art. 7,

dice que una de las razones por que este santísimo Sacramento nos defiende y libra de las tentaciones y de las caídas es porque como es memorial de la pasión de Cristo, por la cual los demonios fueron vencidos, en viendo en nosotros el cuerpo y sangre de Cristo, ellos echan á huir, y los santos Ángeles nos acompañan y ayudan. San Ignacio y san Cirilo (1) aconsejan por esta razón la frecuencia de este santísimo Sacramento para que huyan los demonios de nosotros. Y san Crisóstomo, hom. 61 ad populum Antioch., dice: si la sangre del Cordero, figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas de las casas libraba á sus moradores del castigo y matanza que iba haciendo el Ángel destruidor, *Exod. xii, v. 22*, ¿cuánto mas lo hará este divino Sacramento?

Pero particularmente dicen los Santos que es este eficazísimo remedio para vencer las tentaciones deshonestas y conservar la castidad; porque pacifica los movimientos de la carne, mitiga el *fomes peccati*, y, como dice san Cirilo, apaga el ardor y apetito de la sensualidad, como al fuego el agua. De esta manera declaran san Jerónimo y santo Tomás (2), y otros Santos, aquello del profeta Zacarías, ix, v. 17: *Quid*

(1) S. Ignat. epist. ad Ephes.; Ciril. lib. in Joannem, cap. 37.

(2) S. Hieronym.; S. Thom. opusc. 58, cap. 26.

*enim bonum ejus, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines?* Dicen que es virtud y efecto particular de este manjar celestial engendrar vírgenes. Así como el mantenimiento corporal cuando es bueno cria buena sangre y buenos humores; así este divino manjar cria en nosotros castidad y pureza de afectos. De donde vino á decir san Cirilo que este divino Sacramento no solo santifica el ánimo, sino tambien el cuerpo, cumpliéndose aquello que la Iglesia pide en el sacrificio de la misa: *Fiat nobis ad salutem mentis, et corporis.* IV Reg. c. iv, v. 41. Es la harina de Eliseo, que quita la ponzoña de la olla, y le da sazón. Y como tocando aquella mujer del Evangelio, *Luc. viii, v. 44*; Josue, iii, v. 16, el ruedo de la vestidura del Salvador, cesó en ella el flujo de sangre, y entrando el arca del Testamento en el Jordán, las aguas se detuvieron hácia arriba, y dejaron de correr; así entrando Cristo en nuestro cuerpo se detienen las tentaciones, y cesa el ardor y fuego de la concupiscencia. *O felix fructus ubertatis, ex quo virginitas germinatur!* Viguer. instit. theol. c. 16, § 1. Con razón exclaman los Santos: ¡Oh dichoso fruto el de este divino Sacramento, pues engendra castidad y hace vírgenes! Un Doctor grave dice que no hay medio tan eficaz para ser uno casto como frecuentar devotamente la sagrada Comunión.

Cuenta Nicéforo Calixto, Gregorio Turonense, Nauclero (1), y otros graves autores, una cosa maravillosa que aconteció en la ciudad de Constantinopla; y fue que habiendo costumbre muy antigua en la Iglesia griega de consagrar el cuerpo santísimo de Nuestro Señor Jesucristo en panes, como los que se hacen para comer, de aquellos panes consagrados comulgaban al pueblo; y si algunas reliquias sobaban en la custodia, llamaban los sacerdotes algunos niños de los mas virtuosos que andaban á la escuela, y de cuya sinceridad se pudiera tener mayor satisfacción, y estando ayunos les daban aquellas santísimas reliquias para que las recibiesen. Y esto dice el mismo Nicéforo que pasó con él muchas veces, siendo niño y de poca edad, y criándose en la Iglesia. Acaeció, pues, que yendo una vez los niños que para esto estaban llamados, fué entre ellos un hijo de un judío, oficial de hacer vidrio, y comulgó juntamente con ellos. Con esto tardó el niño de acudir á casa á la hora acostumbrada, y preguntándole su padre de dónde venia, dijo que de la iglesia de los cristianos y que habia comido del otro pan que daban á los muchachos. Tomóle al judío tan grande ira contra su hijo, que sin esperar mas razones le tomó y le echó en el horno de vidrio que es-

(1) Nicephor. Calixt. in sua histor. Eccles. lib. 17, cap. 26; Gregor. Turon. lib. de Martyr. cap. 8.

taba encendido, y cerró la puerta del horno. La madre hallando menos á su hijo, y viendo que pasaba mucho tiempo y no parecia, salió á buscarle por toda la ciudad con grandes ansias y diligencias, y como no le pudiese descubrir ni hallar rastro de él, volvióse á su casa muy lastimada, donde al cabo de tres dias, estando junto al horno renovando sus lágrimas y gemidos, mesando sus cabellos, comenzó á llamar á su hijo por su nombre, el cual oyendo y conociendo la voz de la madre, le respondió de dentro del horno donde estaba. Entonces ella quebrando la puerta del horno, vió su hijo estar en medio del fuego tan sano y sin lesión, que ni á un cabello solo le habia tocado el fuego. Sale el niño, y preguntándole quién le habia guardado, respondió que una Señora vestida de grana habia venido allí muchas veces, y con agua que echaba apagaba el fuego. Y demás de esto, le traía de comer todas las veces que lo habia menester. Supo esta maravilla el emperador Justiniano, y mandó luego bautizar al niño y á la madre, que quisieron ser cristianos. Y al desventurado del padre, que no se quiso convertir, como á parricida le hizo colgar en un árbol, y así murió ahorcado. Pues lo que obró este santísimo Sacramento en el cuerpo de este niño que le habia recibido, conservándole sin lesión alguna en medio del fuego, eso obra espiritualmente en las almas de los que

dignamente le reciben, defendiéndolas y conservándolas sin lesión alguna en medio del fuego de las tentaciones.

#### CAPÍTULO XI.

*De otro fruto principal que habemos de sacar de la sagrada Comunión, que es unirnos y transformarnos en Cristo.*

Uno de los mas principales efectos y fines para que instituyó Cristo nuestro Redentor este divino Sacramento, ó el mas principal, dicen los Santos que fue para unirnos, incorporarnos y hacernos una cosa consigo. Así como quando se consagra este divino Sacramento, por virtud de las palabras de la consagracion lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo; así por virtud de esta sagrada Comunión el que era hombre se viene por una maravillosa manera á transformar espiritualmente en Dios. Y eso es lo que dice el mismo Cristo en el sagrado Evangelio: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* Joan. vi, v. 56. Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. De manera que así como el manjar por virtud del calor natural se con-

vierte en la sustancia del que le come, y se hace una misma cosa con él; así el que come este pan de Angeles se une y junta, y hace una cosa con Cristo, no convirtiéndose Cristo en el mantenido, sino convirtiéndose y transformando él en sí al que le recibe, como el mismo Señor dijo al bienaventurado san Agustin, l. 10 Conf. c. 19: *Cibus sum grandium; cresce, et manducabis me: nec tu me mutabis in te, sicut cibum carnis tuæ; sed tu mutaberis in me:* Manjar soy de grandes; crece, y comerme has; pero hágote saber que no me mudarás tú á mí en tu sustancia y naturaleza como á los demas manjares, sino tú te mudarás y transformarás en mí. Y así dice santo Tomás, 4 Sent. disp. 2, q. 2, art. 1, que el efecto propio de este Sacramento es transformar el hombre en Dios, haciéndole semejante á sí; porque si el fuego, por ser elemento tan noble, convierte en sí todas las cosas que se juntan con él, gastando primero todo lo que en ellas le es contrario, y comunicándoles despues su forma y perfeccion, ¿cuánto mas aquel abismo de infinita bondad y nobleza gastará todo lo malo que hallare en nuestras almas, y las hará semejantes á sí?

Pero dejando aparte la union real y verdadera de Cristo con el que le recibe, que él nos quiso significar por aquellas palabras: El está en mí y yo en él, la cual declaran los Santos con algunas comparaciones muy encarecidas; descendiendo mas en particular á la

práctica, el fruto que nosotros habemos de procurar sacar de la sagrada Comunión es unirnos, mudarnos y transformarnos en Cristo espiritualmente; esto es, que nos hagamos semejantes á él en la vida y costumbres, humildes como Cristo, pacientes como Cristo, obedientes como Cristo, castos y pobres como Cristo. Y esto es lo que el glorioso apóstol san Pablo dice por estas palabras, que nos vistamos de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum*. Ad Rom. XIII, v. 14. *Et induite novum hominem*. Ad Ephes. IV, v. 24. En la consagración conviértese la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo, quedándose enteros los accidentes: en la Comunión es al contrario, que se queda la sustancia del hombre, y se mudan los accidentes; porque el hombre de soberbio se hace humilde, de incontinente casto, de airado paciente, y de esta manera se transforma en Cristo.

San Cipriano, l. 2, epist. 2 ad Cæcilium, sobre aquellas palabras del real Profeta, Psalm. XXII, v. 5: *Et calix meus inebrians, quam præclarus est*, las cuales entiende de este santísimo Sacramento, dice que así como la embriaguez enajena á un hombre de sí, y le hace otro; así este divino Sacramento enajena á uno de sí, y le hace otro, haciéndole olvidar las cosas del mundo, y que de ahí adelante todo su trato sea de las cosas del cielo. ¡Qué otros salieron los discípulos de

Emaús despues de haber recibido este divino Sacramento! *Cognoverunt eum in fractione panis*. Luc. c. XXIV, v. 35. De dudosos, fieles; de medrosos, esforzados. Pues así nosotros habemos de salir de la sagrada Comunión trocados y mudados en otros hombres: *Mutaberis in virum alium. In virum perfectum*. I Reg. x, v. 6. Lo mismo dice san Basilio (1), y trae para esto aquello de san Pablo: *Ut, et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit*: Para que el que vive, ya no viva para sí, sino todo para Dios.

Dice una (2) Santa una cosa muy sustancial y muy espiritual á este propósito. Va tratando de las condiciones y señales en que se conoce ser el ánima transformada en Dios; y una de ellas dice que es cuando desea el hombre ser menospreciado, abatido y deshonorado de toda criatura, y desea y quiere que todos crean que él es digno de deshonras, y que ninguno se compadezca de él, y no quiere vivir en el corazón de alguna criatura, sino de solo Dios; y no solamente no quiere ser reputado en cosa alguna en ninguna manera, sino que tiene por grande honra ser despreciado, por conformarse con Cristo nuestro Señor, al cual seguir es grande honra, y dice con san Pablo: *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu*

(1) Ephes. IV, 13; Basil. in quæst. breviorib. n. 172; II Corinth. v, 15.

(2) Santa Angela de Fulgino, cap. 66.

*Christi*. Ad Galat. VI, v. 14. No plegue á Dios que yo me honre ni glorie sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor. Pues de esta manera nos habemos de transformar en Cristo. Y esto es lo que habemos de sacar de la sagrada Comunión.

San Crisóstomo, hom. 51 ad populum Antioch., declarando la obligación que para esto nos pone el recibir tan alto Sacramento, dice: *Cum nos ab ira corripere viderimus, vel ab alio vitio, cogitemus, quibus facti sumus digni, et sit irrationabilium nobis motuum correctio, talis cogitatio*: Cuando nos viéremos acusados de la ira ú otro vicio ó tentación, consideremos de cuán grande bien habemos sido dignos, y sirvanos eso de freno para guardarnos de todo pecado y de toda imperfección. Lengua que ha tocado á Cristo razón es que quede santificada, y que no hable ya liviandades, ni se profane mas. Pecho y corazón que ha recibido al mismo Dios, y sido custodia y relicario del santísimo Sacramento no es razón que se eche en el estiércol de vanos deseos, ni que trate ni piense ya de otra cosa sino de Dios. Acá come uno una alcorza, y todo el día aspira olor. Habeis comido esta alcorza divina que tiene el ámbar celestial, olor de toda virtud y deidad, ¿qué olor será razón que aspireis? De una santa virgen se lee que decia: Cuando comulgo, todo aquel día guardo con mas diligencia mi corazón, imaginando al Señor en él, como

si estuviera reposando en su casa. Por lo cual procuro de guardar toda la modestia posible, así en el hablar, mirar y andar, como en toda la conversacion exterior, como quien pone el dedo sobre la boca, pidiendo silencio y que no hagan ruido, porque no despierten al que duerme.

## CAPÍTULO XII.

*De otro fruto muy principal que habemos de sacar de la sagrada Comunión, que es ofrecernos y resignarnos enteramente en las manos de Dios. Y de la preparacion y hacimiento de gracias que conforme á esto habemos de hacer.*

Una de las principales cosas que habemos de sacar de la sagrada Comunión ha de ser resignarnos y ponernos del todo en las manos de Dios, como un poco de barro en manos del artífice, para que haga de nosotros lo que quiere, y como quisiere, y cuando quisiere, y de la manera que quisiere, sin exceptuar ni reservar cosa alguna. El Hijo de Dios se ofreció á sí mismo enteramente en sacrificio al Padre eterno en la cruz, dando por nosotros toda su sangre y su vida, y cada día se nos da en manjar en este santísimo Sacramento enteramente su cuerpo, sangre, alma y divinidad: razón será que nosotros tambien nos ofrezca-

mos y entreguemos enteramente y del todo á él. Eso dicen que es propiamente comulgar: *Communicare*: Hacer con Dios lo que él hace con vos: él os da y comunica cuanto tiene; dadle vos cuanto teneis.

Este ha de ser tambien el haci- miento de gracias despues de la sa- grada Comunión: *Quid retribuam Domino pro omnibus, quæ retribuit mihi?* Psalm. cxv, v. 12. ¿Qué ofrece- ré al Señor por tantas mercedes y beneficios, y especialmente por este que ahora he recibido? ¿Sabeis que quiere él que le ofrezcais? Lo que vamos diciendo: *Præbe fili mi cor tuum mihi.* Prov. xxiii, v. 26. Hijo, dame tu corazón. Decláralo muy bien aquel santo Tomás de Kem- pis: «¿Qué otra cosa mas quiero de tí, sino que estudies de renunciarte del todo en mí? Cualquiera cosa que me das sin tí, no me curo de ella; porque no quiero tu don, sino á tí. Así como no te bastarian á tí todas las cosas sin mí, así no puede agradar á mí cuanto me ofreces sin tí. Ofrecete á mí, y da- te todo por mí, y será muy acepto tu sacrificio.» San Agustín, lib. I de Civit. Dei, c. 7, dice que en lo que Cain desagradó á Dios cuan- do le ofrecia sacrificio, y la causa por que no miró ni aceptó su sacrifi- cio, como el de su hermano Abel, fue porque no repartía bien con Dios: *Dans Deo aliquid suum, sibi autem se ipsum*: Porque daba á Dios alguna cosa suya, y no le daba ni entregaba á sí mismo. Y esto mis-

mo dice san Agustín (1) que hacen los que ofrecen á Dios alguna cosa y no le ofrecen su voluntad: *Regnum cælorum aliud non quærit pretium, quam te ipsum. Tantum valet, quantum es tu. Te da, et habebis illud*: El reino del cielo no tiene otro precio sino á tí mismo. Tanto vale, cuanto eres tú. Date y ofré- cete á tí, y alcanzarlo has.

Pues en este ofrecimiento y re- signación entera en las manos de Dios nos habemos de ocupar y de- tener despues de la sagrada Comu- nión. Y esto no ha de ser solamen- te en general, sino desmenuzándo- lo y descendiendo á casos particu- lares, resignándonos y conformán- donos con la voluntad de Dios, así en la enfermedad como en la salud, así en la muerte como en la consolución: especificando aquello en que cada uno le pareciere que sentiria mas repug- nancia y dificultad; y ofreciéndose- lo al Señor en hacimiento de gra- cias, no dejando lugar, ni oficio, ni grado, por bajo é infimo que sea, hasta que no se nos ponga co- sa delante en que no sintamos nuestra voluntad muy conforme y unida con la de Dios. Y es muy buena y muy devota para esto aquella oración que nuestro santo Padre (2) pone en el libro de los

(1) August. serm. 2 de omnibus Sanc- tis, et in Manual. cap. 16.

(2) S. Ignat. lib. Exerc. spirit. in con- templat. ad amorem spiritualem in nobis excitandum, punct. 1.

Ejercicios espirituales: *Suscipe Do- mine universam meam libertatem, accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem, quidquid habeo, vel possideo, mihi largitus es: id tibi totum restituo, ac tuæ prorsus volun- tati trado gubernandum. Amorem tui solum, cum gratia tua, mihi dones, et dives sum satis, nec aliud quidquam ultra poscam*: Recibid, Señor, toda mi libertad, memoria, entendimien- to y voluntad; todo lo que tengo ó po- seo, Vos, Señor, me lo disteis, todo os lo ofrezco y restituyo, y pongo en vuestras manos para que hagais de ello lo que os pluguiere: dadme so- lamente vuestro amor y gracia, y quedaré rico sin tener mas que de- sear. Aquí nos habemos tambien de ejercitar y actuar en los actos de algunas virtudes, especialmente en aquellas de que cada uno tiene mas necesidad. Porque á todo lo que uno quisiere y hubiere menester le sabrá este divino maná: *Haben- tem omnis saporis suavitatem.* Sa- pient. xvi, v. 20. Todos los sabores de las virtudes tiene; y así una vez os habeis de actuar y ejercitar en una virtud, otra en otra, tenien- do siempre puesta la mira en vues- tra mayor necesidad. Si os sentís necesitado de humildad, procurad que os sepa á humildad, que buen dechado y sabor hallaréis aquí de ella, pues está vestido el Hijo de Dios de unos accidentes de pan, que por ser accidentes son mas pobres y bajos que los pañales y fajas con que le envolvió su sacra- tísima Madre en Belén. ¿Y qué ma-

yor humildad, ni qué cosa mas ba- ja se puede imaginar que poner- se Dios como manjar comun pa- ra que le comamos; que extenda- mos allí en aquella mesa del altar los manteles, y como servilleta los corporales, como plato la patena, como vaso el cáliz; que le trate- mos con nuestras manos, y le reci- bamos en nuestra boca y en nues- tro estómago? ¿Qué mayor bajada de Dios, y qué mayor subida del hombre? En cierta manera res- plandece aquí mas la humildad que en la obra de la Encarnación. Pues ejercitaos y actuaos en ella, hasta tanto que sintais que se os va embebiendo y entrañando en vues- tra ánima. Ofreced al Señor el des- precio de toda la honra y estima- ción del mundo en hacimiento de gracias, abrazando el ser menos-preciado y tenido en poco por su amor.

Tambien es muy bueno descen- der á algunas cosas mas particula- res y menudas, y ofrecerlas aquí al Señor en hacimiento de gra- cias. Ya entiende cada uno poco mas ó menos sus faltas, y sabe lo que le impide su aprovechamien- to y en lo que suele tropezar or- dinariamente. Pues procurad en cada comunión sacrificar y ofre- cer á Dios alguna cosa de esas en hacimiento de gracias. Sois ami- go del regalo y de vuestras como- didades, y de que no os falte nada: ofreced al Señor el mortificaros en eso, hoy en una cosa y otro dia en otra. Sois amigo de hablar y de

perder tiempo, mortifícaos en eso, y ofrecedlo al Señor en otra comunión. Sois tan amigo de vuestra voluntad, que por no recibir vos un poco de mortificación y trabajo, no sabeis dar gusto ni contento á nuestros hermanos, y algunas veces les habláis sacudida y desabridamente: procurad venceros en eso, y ofrecerlo al Señor en otra comunión. Y como decíamos, l p., trat. 5, c. 20, tratando de la oración, que es muy bueno proponer allí algo que hacer aquel mismo día; así también en la comunión será muy bueno sacar propósito de venceros y mortificaros en algo aquel mismo día, y ofrecer esa mortificación al Señor en hacimiento de gracias. Haced cuenta que esto es lo que os está pidiendo el Señor por la merced y beneficios que habeis recibido. Que no quiere Dios de nosotros otra cosa ni otra recompensa, sino que nos mejoremos en la vida, y nos vamos enmendando en aquello que sabemos que desagrada á Dios: y así ese es el mejor hacimiento de gracias que podemos hacer despues de la comunión, y el servicio mas agradable que le podemos ofrecer. De tres maneras decimos arriba, trat. 7, c. 6, que puede ser el hacimiento de gracias. La primera, reconociendo los beneficios interiormente con el corazón. La segunda, alabando y dando gracias con palabras al bienhechor. La tercera, con obras, y este es el mejor hacimiento de gracias, pues eso es lo

que ahora decimos. No se nos vaya todo en consideraciones, que aunque buenas, mejores son las obras, y para eso han de ser las consideraciones, para que vengamos á las obras.

De la misma manera digo de la preparación para comulgar: aunque es muy buena aquella particular preparación que se acostumbra hacer antes de la sagrada Comunión con algunas consideraciones; y ninguno la debe dejar, porque la reverencia de tan alto Sacramento pide que cada uno haga también en eso lo que mas pudiere; pero la mejor y mas principal disposición ha de ser la buena y santa vida; y el irnos cada día mejorando y perfeccionando en las cosas que hacemos, para así llegar con mayor limpieza y puridad á este divino Sacramento, conforme á aquello de los gloriosos santos Ambrosio y Agustino (1): *Sic vive, ut quotidie merearis accipere*: Vivid de tal manera, que merezcáis recibir cada día este santísimo Sacramento. Y así el P. M. Ávila, en una carta que de esto escribe á un devoto, le dice: La preparación para la sagrada Comunión ha de ser el buen orden que tenga en toda su vida y en toda la semana. Y trae para esto el ejemplo de un siervo de Dios que decía que él nunca hacia particular prepara-

(1) Ambros. lib. 3 de Sacramentis, c. 4; August. de verbis Domini in Evang. secundum Lucam, serm. 8; M. Avila, tom. 2, epist. f. 187.

ción para comulgar, porque cada día, dice, hago todo lo que puedo: esa es muy buena preparación, harlo mejor que el recogerse uno solamente un cuarto de hora antes y otro despues, y quedarse tan tibio y tan inmortificado é imperfecto como antes.

De manera que es esta la principal disposición, y este es el principal hacimiento de gracias, y este ha de ser también el principal fruto que habemos de sacar de la sagrada Comunión. Y así como decimos de la oración que la disposición principal para ella ha de ser la mortificación de nuestras pasiones, el recogimiento de los sentidos y la guarda del corazón; y decimos que ese ha de ser también el fruto que habemos de sacar de ella, y que lo uno ha de ayudar á lo otro; así también aquí la buena y santa vida, el hacer uno todas las cosas lo mejor que puede para agradar á Dios ha de ser la principal disposición para recibir la sagrada Comunión; y eso mismo ha de ser el principal fruto que ha de sacar de ella, y lo uno ha de ayudar á lo otro, y una comunión ha de ser disposición para otra. Y así como decimos que el tener buena oración y el ir aprovechando en ella no está en tener consue- los y sentimientos, ni en tener muchas consideraciones ni grandes contemplaciones, sino en que salga uno de allí muy humilde, paciente, indiferente y mortificado; así también la buena comunión y

el fruto de ella no está ni se ha de medir por las muchas consideraciones que uno tiene, por muy buenas y santas que sean, ni por los gustos y consolaciones, sino por la mortificación de las pasiones, y por la mayor resignación y conformidad con la voluntad de Dios que de allí se saca.

De aquí se sigue una cosa de grandísimo consuelo, y es, que siempre está de nuestra mano comulgar bien, y sacar mucho fruto de la Comunión; porque el ofrecer nos y resignarnos en las manos de Dios, el mortificarnos y enmendarnos en aquello que sabemos desagrada á su divina Majestad, siempre está en nuestra mano con la gracia del Señor. Pues haced vos eso, y sacaréis mucho fruto de la Comunión: idos cada día venciendo y mortificando, y enmendando en alguna cosa; caiga el ídolo de Dagon, I Reg. v, v. 3, en presencia del arca del Testamento; ese ídolo de la honra, ese ídolo del regalo y de buscar vuestras comodidades, ese ídolo de la propia voluntad quede todo por tierra en reverencia de este Señor. ¡Oh si comulgásemos de esta manera, mortificándonos y enmendándonos cada vez en alguna cosa, por pequeña que fuese, cómo medraria nuestra alma!

San Jerónimo declara á este propósito aquello que dice el Sábio de la mujer fuerte: *Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit*. Prov. xxxi, v. 27.